


Libros del Asteroide 

Alice McDermott
Absolución

Traducción de Gabriel Insausti



Absolución

Libros del Asteroide

A*

Alice McDermott

Absolución

Traducción de Gabriel Insausti

Libros del Asteroide

Primera edición, 2024
Título original: *Absolution*

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamos públicos.

Copyright © Alice McDermott, 2023
Publicado en español previo acuerdo con The Foreign Office Agència Literària, S.L. y The Gernert Company

© de la traducción, Gabriel Insausti, 2024
© de esta edición, Libros del Asteroide S.L.U.

Fotografía de cubierta: © Réhahn Photography
Fotografía de la autora: © Will Kirk, Homewood Photo

Publicado por Libros del Asteroide S.L.U.
Santaló 11-13, 3.º I.ª
08021 Barcelona
España
www.librosdelasteroide.com

ISBN: 978-84-10178-17-5
Depósito legal: B. 14187-2024
Impreso por Kadmos
Impreso en España - Printed in Spain
Diseño de colección: Enric Jardí
Diseño de cubierta: Duró

Este libro ha sido impreso con un papel ahuesado, neutro y satinado de ochenta gramos, procedente de bosques correctamente gestionados y con celulosa 100 % libre de cloro, y ha sido compaginado con la tipografía Sabon en cuerpo 11.

Para mis amigos de juventud

Libros del Asteróide

La angustia de la tierra absuelve a nuestros ojos...

SIEGFRIED SASSOON, «Absolución»

...pero cómo deseaba que existiera alguien a quien pudiera
decirle que lo sentía.

GRAHAM GREENE, *El americano impasible*

PRIMERA PARTE

Libros del Asteroide

Se daban tantos cócteles en aquellos días... Y cuando se celebraban por la tarde los llamábamos «recepciones en el jardín», pero seguían siendo cócteles.

No te imaginas cómo era. Para nosotras, me refiero. Para las mujeres, las esposas.

La mayoría de los días me bañaba por la mañana y me quedaba en bata hasta la hora de comer, leyendo y escribiendo cartas a casa; esas cartas en un papel fino de correo aéreo de color azul claro, con sus complicados pliegues que, ahora caigo, demostraban lo exótica que entonces nos parecía la distancia misma.

También me pintaba las uñas y escribía las encantadoras notas de agradecimiento que siempre intercambiábamos. Ah, aquella papelería de casada con mis iniciales nuevas y relucientes, en tinta auténtica, y aquellos agudos giros de las frases, con palabras en francés y abundantes signos de exclamación. El ventilador giraba en el techo y el calor invadía la estancia en penumbra incluso a través de los listones de la persiana, mientras llegaba el aroma de sándalo en el pebetero del aparador.

Luego salía a almorzar o a una conferencia o a visitar el bullicioso mercado, y después tomaba otro baño al despertar de la siesta vespertina, y notaba el cabello húmedo en la nuca cuando me quitaba el gorro de ducha, entre una nube de polvos de

talco. Todavía envuelta en la toalla, sentía el sudor en la piel. Polvos, colorete y carmín. Después, la ropa interior de algodón hasta la cintura (espero que esto te haga reír), el formidable sujetador, también de algodón, la faja con el rombo de tela elástica más brillante destellando en el centro. El clic de las ligas. Las medias resbalando por encima de la mano, puestas a la luz, reforzadas en los dedos, el talón y el empeine.

Teníamos cuidado de asegurar las ligas solo un poco. Si se acercaban demasiado al nailon había peligro de hacerse una carrera.

No te imaginas los problemas que podía llegar a provocar en aquella época tener una carrera en la media: la mujer en cuestión era una borracha, una descuidada, una infeliz, indiferente a la carrera profesional de su marido, incluso a sus muestras de afecto, y debía irse a casa.

La combinación, luego el vestido entallado —con pequeños protectores blancos bajo los brazos, sujetos con unos diminutos imperdibles dorados—, después, los zapatos, las joyas y una nube de perfume. Podía desmayarme con el calor de la ropa para cuando llegaba al pie de las escaleras. Peter, mi marido, esperaba siempre recién afeitado, muy guapo con su traje de lana fría, camisa blanca y corbata fina, un poco marchito tras la primera copa.

Y las chicas que nos cruzábamos por la calle o que nos recibían en la puerta, y a las que apenas prestaba atención entonces, embutidas en sus *ao dais*, eran como pálidas hojas agitándose en la atmósfera húmeda e inmóvil, señales radiantes de una brisa invisible: frescas, etéreas, hermosas.

Fue en una recepción en un jardín, una tarde de domingo, nada más empezar nuestro primer mes en Saigón. La fiesta se celebraba en el elegante patio de una villa no muy lejos de la basílica, en una preciosa calle que recorría una hilera de tamarindos. Llevábamos apenas unos minutos allí cuando me volví a ver una joven familia que se detenía en la entrada, como si posasen para una

bonita fotografía bajo una guirnalda de buganvillas de un rojo escarlata. La madre, esbelta, llevaba a un bebé en brazos, y a la hija a un lado; el padre, alto, vestido en tonos claros, era —como supe más tarde— también ingeniero. Fue mucho más tarde aún, décadas después, cuando de pronto me pregunté, riendo ante la idea, por qué hacían falta tantos ingenieros.

Tenía yo entonces veintitrés años y una licenciatura obtenida en Marymount. Durante un año, antes de casarme, había sido profesora en el jardín de infancia de una escuela parroquial en Harlem, pero en aquel entonces mi verdadera vocación, mi aspiración, era ser la abnegada esposa de mi marido.

Esas eran las palabras que empleaba. De hecho, eran las palabras que mi propio padre había empleado, tomando mis manos enguantadas mientras esperábamos a que los invitados de la boda entrasen en nuestra iglesia, en Yonkers. Esto ocurría en la sala de espera de la novia, una pequeña estancia apartada del vestíbulo. Recuerdo una ventanita con vidrieras de colores, un reclinatorio (para las oraciones de última hora, supongo), una caja de pañuelos de papel (para las lágrimas de última hora) en un estante bajo un espejo ornamentado y dos sillas de brocado, sobre las que nos sentamos. También el aroma fresco de la piedra y de las flores del ramo. Mi padre me tomó ambas manos y las juntó sobre la gran falda de tul de mi vestido de novia, que incluso a la luz tenue de aquella pequeña sala destellaba como un puñado de aljófares.

—Sé una esposa abnegada para tu marido. Sé la joya de su corona —me dijo.

—Así lo haré —respondí.

La chiquilla que posaba con gracia junto con sus padres y su hermanito eras tú.

Tenía unos siete u ocho años y llevaba su mejor vestido, al igual que todos nosotros: un vestido de fiesta amarillo, casi do-

rado, plisado en el canesú, con un cuello festoneado y con mangas. Llevaba una muñeca Barbie bajo el brazo, como un cetro. Debía de ser la primera muñeca Barbie que yo había visto.

Tras las presentaciones —mi marido conocía al marido y también a la mujer— me incliné para preguntarle por la muñeca, como se hace con las niñas. A decir verdad, prefería concederle mi atención a ella y fingir que solo estaba siendo una adulta amable.

Aún no había perdido la timidez que me aquejaba entonces; apenas me las había arreglado para contenerla y asegurarme de que mi mano no temblaba al estrechar la de otra persona, y para respirar hondo antes de hablar. Quería ser una abnegada esposa para mi marido y todas aquellas reuniones, cócteles, recepciones y cenas con la gente de la embajada, los militares, los de la compañía y los asesores de todo tipo eran, como decía él, el modo en que se hacían las cosas en Saigón.

La chiquilla habló con suavidad, con los modales —«Sí, señora»— que se les suponían a los niños en aquellos días. Ver, oír y callar. Casi en un susurro, rozó los zapatitos de la muñeca —unos zapatos de tacón de punta abierta— y el hermoso vestido de flores que llevaba puesto, y me explicó que la muñeca había llegado vistiendo solo un bañador pero que se le podía añadir un sinfín de conjuntos: trajes de fiesta, uniformes —de enfermera o de azafata—, incluso un vestido de novia que costaba —y ahí se quedó sin aliento por el asombro— cinco dólares.

Del pequeño bolso que llevaba colgado del brazo sacó un diminuto folleto ilustrado con todos los modelos que podía vestir la muñeca.

Dos hombres se habían unido a la conversación de los adultos que tenía lugar sobre nuestras cabezas, excluyéndome, o así me lo pareció, de su círculo. No quería incorporarme y darle la espalda a la niña, ¡estaba tan seria! Tampoco deseaba quedarme de pie en la periferia de los adultos, esperando a que me invitasen a unirme de nuevo a ellos. De modo que me llevé a la

niña aparte, a un sillón de mimbre tras la reja floreada. Juntas pasamos las páginas del catálogo y ella me dijo qué vestidos tenía ya y cuáles había pedido. Muchos de estos últimos los había marcado cuidadosamente con una equis.

Tenía una tía en Nueva York, explicó. Una mujer de negocios que era quien le traía estos regalos. De hecho, según me contó la niña, su tía a veces vestía un traje de *tweed* con una boina a juego exactamente igual que el que salía en el catálogo, un conjunto llamado «Chica Trabajadora».

Bien, a mí todo aquello me pareció encantador. Había crecido rodeada de muñecas de cara ancha que venían solo con un vestido de fiesta o con un abrigo y una gorra, y el juego consistía en ir y venir empujando un cochecito de niño por la acera o en acercar a la boca sonrosada de la muñeca una cucharita de comida imaginaria. Pero he aquí una muñeca que no necesitaba dormir la siesta ni echar los aires ni que una fingiese alimentarla. Una muñeca que servía para mil juegos diferentes: enfermera, azafata, dama de una plantación, miembro de una hermandad universitaria, cantante en un club nocturno con su vestido ajustado («*très chic*», le dije a mi amiguita) o novia.

La madre de la niña no tardó en unírse nos, con su rechoncho bebé en brazos.

Charlene era joven y pecosa, con una gruesa mata de cabello rubio cobrizo que llevaba retirado hacia atrás con una pequeña diadema. Tenía la nariz respingona y unos ojos penetrantes, de un color almendrado. Había algo a la vez majestuoso y salvaje en el modo en que la línea de su cabello lindaba con su frente bronceada. Conocía el perfil de mis días en Marymount: tenía esa seguridad saludable, atlética y genética — así me lo parecía — de quien ha nacido en una familia rica. Lo primero que me preguntó, en efecto, fue si jugaba al tenis; buscaba pareja para jugar. Le dije que no.

Entonces se inclinó hacia su hija, mientras me pasaba al bebé, ofreciéndomelo.

—¿Te importaría tenerlo un momento? —me preguntó, en realidad sin darme opción. Si no lo hubiera cogido a tiempo, parecía dispuesta a dejar que cayese al suelo—. Es que tengo que ir a hacer pipí —susurró.

Lo había visto antes en las chicas de su tribu: sabían reconocer un blanco fácil, una chica con menos recursos que, por instinto —y por genética—, estuviera dispuesta a hacer lo que le pidiesen.

—Encantada —dije, y no mentía.

Le cogí el bebé, un bulto cálido y grande con su bodi azul. Tenía los ojos abiertos de par en par. Ella se irguió —«Solo será un momento», dijo— y apenas había entrado en la casa cuando la boquita del bebé empezó a arrugarse y a gimotear. Me lo llevé al pecho y lo sostuve bajo la barbilla. Le di unas palmaditas en la espalda para calmarlo. Se tranquilizó.

Teníamos la esperanza de convertirnos muy pronto en una familia —en cualquier momento ocurriría, me decía yo entonces— y sentí una ola de confianza. Sería una madre maravillosa.

Entonces el bebé hipó una o dos veces, y sentí la templanza de sus babas en mi cuello desnudo. Un segundo después, justo cuando intentaba alejarlo de mi pecho, empezó a vomitar, sin esfuerzo y en abundancia, como hacen los bebés. Sentí cómo aquello me bajaba por el vestido. Aquel olor dulzón a avena de la leche de fórmula, no mucho más desagradable, la verdad, por el hecho de que fuera vomitada. Sentí cómo se alojaba cálidamente en mi sujetador.

No había nada que hacer. Puse al niño en mi regazo, lo mecí un poco, acariciando su espalda y secando su boquita y su barbilla con mi pulgar. Hipó unas pocas veces más, pareció sosarse, luego cambió de opinión —sus bracitos se agitaron, de pronto se puso tenso— y empezó a llorar. Su hermana, a mi lado, dijo: «Oh, no», y se cubrió el rostro con las manos como para desaparecer de la escena. «Tu precioso vestido», lamentó, parapetada tras ellas. Le aseguré que no importaba,

pero con el bebé llorando en mi regazo no podía abrir el bolso para sacar un pañuelo y limpiar aquel estropicio.

Noté que el resto de los asistentes a la fiesta se volvían hacia mí haciendo una pausa en el instante mismo en que yo me convertía en una niña humillada mientras que ellos permanecían bien vestidos, limpios, adultos. Vi cómo los hombres retiraban la mirada como si hubiese empezado a menstruar en público, mientras un trío de esposas se apresuraba con una diligencia que, en mi bochorno, interpreté como un desprecio. Algunas trajeron servilletas de lino que aplicaron con suavidad sobre la parte delantera de mi vestido, pero el material era demasiado delicado para ser de ayuda. Una mujer retiró al niño de mis brazos —de algún modo, sentí que esa era una señal más de mi ineptitud— y otra, la anfitriona, me cogió del codo.

—Acompáñame, querida —dijo.

Era una mujer de mediana edad con el cabello corto y grisáceo. Otra esposa de la empresa. Me colocó una gran servilleta rosa sobre el pecho, como si mi ropa se hubiese vuelto transparente.

—Vamos a limpiarte —dijo.

Nos abrimos camino entre la muchedumbre cada vez mayor de asistentes que se congregaban en el patio. Yo notaba que se apartaban a nuestro paso, juzgándome en silencio. Supongo que algunos creyeron que era yo la que había vomitado. Tal vez pensaron que estaba embarazada, o borracha. Intenté decirle algo al respecto a mi acompañante, pero ella me instó con suavidad a permanecer en silencio y apretó delicadamente la servilleta contra mis senos como si yo fuese una niña tonta a punto de balbucear algo.

En el interior, la sala de estar era amplia, fresca y estaba bien amueblada. Unas pinceladas de cojines de seda rosa y verde y sillas de mimbre. Un extenso suelo de azulejo brillante bajo los

ventiladores que giraban en el techo. Apareció una sirvienta desde el otro lado y se acercó silenciosamente.

—La pobre señora Kelly —dijo mi acompañante. Me sorprendió que supiese mi nombre, aunque para entonces había averiguado lo bastante sobre las esposas de la empresa como para saber que no debía sorprenderme— ha tenido un percance con un bebé enfermo. Pobrecilla. Vamos a ayudarla a limpiarse.

Luego, con voz suave, le dio unas instrucciones en francés. En ese momento no fui capaz de traducir sus palabras, aunque sospeché que simplemente estaba repitiendo lo que ya había dicho en inglés por deferencia a mí.

La chica asintió, comprensiva, mientras mi anfitriona le extendía mi antebrazo junto con la servilleta rosa que había estado presionando contra mi pecho. Me condujo fuera de la sala y luego a una pequeña cocina, donde otras dos chicas trabajaban sobre una estrecha encimera mientras un hombre corpulento vestido de blanco, el chef, supuse, soltaba una violenta parrafada. Pasamos junto a ellos, cruzamos otro patio y entramos en una estancia aún más pequeña, un cuarto de costura cuyas paredes, al entrar, me dieron la impresión de estar meciéndose como en el interior de una tienda de campaña. La luz tenía esa cualidad tenue, como filtrada a través de una lona. Hacía que el bulto oscuro de la Singer se volviese una silueta al trasluz contra el único ventanal de la salita. Había también una tabla de planchar con una pequeña plancha negra, una mesa de corte y confección cuadrada de aglomerado, rollos de telas de colores claros aquí y allá. Incluso con el vestido empapado con la leche del bebé, capté la fragancia del almidón y del lino recién planchado y me acordé de mi madre.

Había un biombo desplegado en un rincón, con un precioso vestido de cóctel de seda virgen en un hermoso tono verde, cuerpo esbelto y falda tulipán colgado de uno de los bastidores, como en exposición.

La chica me indicó que pasara tras el biombo, asintiendo con

la cabeza y desabotonando un vestido imaginario para darme a entender que debía desvestirme. Asentí también, sonreí y le di las gracias. En mi humillación daba las gracias a todo el mundo. Detrás del biombo había un banquito y debajo, un par de zapatos de tacón de piel de seda con manchas de agua. Un *ao dai* blanco colgaba de una percha afelpada de raso, como un encantador contrapunto al muy occidental vestido de cóctel del otro lado.

Me quité las perlas lo primero. Las había comprado Peter en Hong Kong, en su primer viaje a Oriente, poco después de nuestro compromiso. Las olisqueé, preguntándome si el olor a leche de fórmula permanecería en el hilo. Me quité los zapatos de una patada y me bajé la cremallera; era un vestido entallado de lino azul pálido, con un forro de seda. Muy del estilo de Jackie, eso pensé cuando lo encontré en Woodward & Lothrop. La mayor parte de lo que había vomitado el bebé estaba en el interior, a lo largo del cuello festoneado. Inservible ya, estaba segura. Salí del vestido. En las axilas, los dos protectores estaban vueltos hacia atrás, como dos ojos en un delirio.

No sabía hasta qué punto tenía que desvestirme. El corpiño de encaje de la combinación también estaba húmedo, y el sujetador había recibido y retenido lo que parecía un charquito goteante de vómito blanquecino.

Aún estaba allí de pie, desconcertada, cuando la chica volvió con un balde y dos toallas blancas. Las dejó sobre el banco y entonces, como si se tratase de un ritual que hubiéramos realizado juntas muchas veces, levantó la combinación sobre mi cabeza y se puso a mi espalda para desabrocharme el sostén.

Habría agradecido tener entonces aquella gran servilleta rosa conmigo, pero ella me llevó con delicadeza hasta el banco y, tras colocar una de las toallas en mi regazo (llevaba solo la faja y las medias), removió el agua templada, de la que emanaba un aroma a lavanda, y escurrió un paño grueso. Entonces me lo pasó con cuidado por el cuello y el pecho, y entre mis senos,

rozándolos con delicadeza. Era una chica sencilla de rostro redondo, no era una belleza vietnamita; tenía las mejillas más bien rechonchas y la boca, un poco ancha; no tenía un cutis perfecto, pero sí una sonrisa benévola, y había en su aliento una calidez dulce y agradable. Me secó la piel con la otra toalla y luego desdobló un kimono de seda rosa, un préstamo —supuse— de mi anfitriona.

—Póngase esto —dijo en un susurro.

Recogió el vestido, la combinación y el sujetador, y agarró las toallas y el balde con agua. Me sonrió. Aunque creo que teníamos la misma edad, me sentí como acogida por una madre.

—Todo irá bien —dijo.

Me quedé sentada unos minutos tras el biombo, no del todo segura de qué hacer. Por primera vez, pensé en mi marido; quizá anduviera buscándome por toda la fiesta, o quizá alguien le hubiera preguntado: ¿era tu esposa esa que se han llevado? O quizá la anfitriona le había susurrado toda la historia, cosa que era lo más probable.

De nuevo sentí vergüenza por mi situación; aunque sabía que no tenía de qué avergonzarme, me sentía abochornada. Era una especie de humillación o, peor, una suerte de incompetencia. ¿Habría sabido otra mujer, una madre, cómo sostener al niño para evitar aquel desastre? ¿Habría sabido otra mujer leer en los labios temblorosos del bebé la inminente explosión? Yo era hija única, mi madre me tuvo a los cuarenta años y murió a los cincuenta y siete. Mi experiencia con bebés era muy escasa, era una de las cosas que me preocupaban en aquella época, mientras planeábamos formar una familia.

Se me daban bien los niños. Los niños eran mi especialidad, bromeaba a veces. Había pasado el año anterior a mi boda en aquel jardín de infancia en Harlem, disfrutando cada uno de los días porque los niños eran adorables y saber cómo manejarlos me daba confianza; sería una buena madre, estaba segura. Pero los niños pequeños me inquietaban: esos bebés a los que, como

si estuvieran rabiosos o borrachos o locos, no se les podía apaciguar ni distraer de su congoja con una galleta o un cuento o un juego.

Esos bebés capaces de regurgitar medio litro de leche de fórmula sobre la delantera de tu vestido favorito en una recepción llena de diplomáticos e ingenieros, de economistas y generales.

Se me ocurrió de pronto, sentada allí en el rincón, detrás del biombo, como una niña castigada, que la madre del bebé, la jugadora de tenis nacida en una familia rica, sabía exactamente lo que hacía cuando lo dejó en mis brazos. Conque ir a hacer pipí, ¿eh?, pensé. Ella sabía que el bebé estaba a punto de entrar en erupción y me lo pasó justo a tiempo.

Conocía a las de su calaña. Había visto a muchas como ella en el colegio. Todas ellas tenían el don —una suerte de *noblesse oblige*— de recabar la ayuda de los desconocidos sin que pareciese siquiera que la necesitaban. Consegúan que otros se ocupasen de cuidar de ellas, que les prestasen una bufanda o diez dólares o un paraguas o que llamasen a un taxi o pasaran a recogerles la ropa por la tintorería, y luego hacían que su gratitud sonara un poco a broma, como si simplemente hubiesen aceptado tu ayuda para aliviar tus ansias por concedérsela.

Me envolví en la gruesa seda del kimono de mi anfitriona. Era agradable sentir aquel tejido fresco sobre la piel desnuda. El olor a almidón y a las telas en aquel cuarto de costura me recordaba a mi casa: pensé en mi madre planchando en su dormitorio, en nuestra casita, a la luz del atardecer, en las hebras de hilo sobre la colcha de felpa donde me tumbaba a mirarla; pero el tacto de la seda y el rastro del aroma del agua de lavanda que permanecía en mi piel me impulsaron a rechazar la nostalgia y, al contrario, a amar aquel lugar.

Amar la distancia que había recorrido y toda la extrañeza —en parte hermosa, en parte desconcertante— que hasta ese momento, pensé, apenas había contemplado como por el rabillo del ojo.